

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XVI —

RESTREPO ANTONIO JOSE. (1855-1933). *Poesías Originales y Traducciones Poéticas*. Con un prólogo de Juan de D. Uribe y una carta-prefacio de M. Ed. Haraucourt. Lausana. Imprenta Georges Bridel & C^a. 1899. 18 x 12. CXXXVII-422 pgs.

En el capítulo IV de estas reseñas bibliográficas, hablamos de Antonio José Restrepo, a propósito de su memorable Cuento-poema, *Las Hijas de Melgarejo*.

La obra que ahora nos ocupa, también rareza bibliográfica, es de otra índole. Se trata de la compilación que de sus poesías originales y sus traducciones poéticas editó el autor en Suiza, en las postrimerías del siglo XIX, en una especie de edición elzeviriana, hermosa y bien cuidada por cierto y muy del gusto de la época.

Figuran en este libro 74 composiciones originales y 36 versiones poéticas del alemán, el francés, el italiano y el latín, en las cuales preponderan las de un poeta, Coppée, al lado de las de otros tan eminentes como Lucrecio y Víctor Hugo, Schiller y Stecchetti, Leconte de Lisle y Lamartine, Syllly-Prodhomme y Bodensted, Gautier, Musset, Barbier, Béranger, Jean Lahor, etc.

Precede a las Poesías originales una carta literaria, verdadero concepto consagratorio, del gran poeta francés Edmond Haraucourt, escrita en enero de 1886, a propósito del poema de Restrepo, *A orillas del Tequendama*. "Au rythme de vos strophes, —dice Haraucourt— j'ai entendu gronder le torrent de Colombie, et le vent a gémi pour moi dans les arbres de vos forêts. Pour moi comme pour vous, il criait aussi le néant de notre raison, l'inanité de nos cultes, de nos prières et de nos tendresses, le banal ennui de la vie..." Para concluir expresándole con fraterna hidalguía: "...j'ai reconnu dans votre poème une âme qui pense et qui sent comme moi..."

La mayor parte de las Poesías originales de Restrepo están impregnadas de férreo positivismo, de volteriana ironía, de punzante acometividad con que se lanza a derribar ídolos, a desgarrar velos reverenciales,

a romper yugos y cadenas, a pulverizar errores y supersticiones. Es innegable la misión proselitista e iconoclasta de la musa de Restrepo, armada de una tea, que al mismo tiempo que ilumina, abrasa. Su poesía tiene íntima concomitancia con aquella otra, tan en boga en la Europa de mitad del siglo XIX, que divulgaron e inmortalizaron, en Francia Víctor Hugo, en la mayor parte de sus obras de madurez, y en Portugal, Abilio Guerra Junqueiro, en cuya explosiva colección, *A Velhice do Padre Eterno*, creemos ver una como fuente de inspiración de las poesías de Restrepo, de tal modo y con tanta evidencia, que nos parece mentira que no lo hubieran advertido los críticos colombianos que se han ocupado de las producciones del poeta antioqueño.

Prologa este libro Juan de Dios Uribe, con un amplísimo estudio, de 137 páginas, en el cual, con el pretexto de la poesía política y de intención social de su amigo fraterno, traza un vivo cuadro de sociología colombiana, que es al propio tiempo una como declaración de principios ideológicos, opuestos a los imperantes entonces en el gobierno del país. Claro que sin desdeñar hacer, por modo magistral, una exégesis literaria insuperable de las poesías de Restrepo, al que presta fondo la más cumplida interpretación del proceso de la literatura nacional en los últimos 30 años del pasado siglo.

Este Prólogo es, sin duda, el más hermoso trabajo orgánico que salió de la pluma de Juan de Dios Uribe, por la pasión que lo anima, por el colorido que lo vivifica, por el decoro ideológico que lo informa, por el hondo sentido patriótico que lo guía, por el castellanísimo lenguaje, extraído de los más añejos odres del idioma, y por el estilo de oro en que está compuesto y que constituye su mejor, su más irresistible encanto.

Es admirable, por su precisión, la forma como expresó su concepto acerca de las modalidades y alcances de la poesía, tan bastardeada por quienes han hecho de ella uno como muestrario de bisutería intrascendente, sin verdad, sin realidad, sin honda pasión, plenamente sentida y vivida:

“Los versos son la escuela de la mentira”, dice. Y añade: “Es lo más despreciable y ridículo por encima del aparato con que se presente, por más que sea el primor con que teja la maraña de sus suposiciones. Tenorios hay que no conocen las ligas de las mujeres sobre las medias, ni las medias sobre las piernas; bebedores de ajeno que no han probado un trago de moscatel, ni pasan de la horchata de almendras; viajeros y geógrafos extraordinarios, que no salieron de su pueblo ni conocen más tierras que las de sus huertos; parisienses refinados del barrio de las Nieves de Bogotá; peritos en escultura y pintura, que no han visto más que el *mono de la pila* y los mamarrachos de sus iglesias parroquiales; helenistas, de la forma griega, con el quirigay del mercado y los modelos de indias de chichería chatas y papujas; latinos, que cogen las sentencias en los diccionarios de conversación, traducidas al castellano, para saber lo que dicen; filósofos excépticos que son iglesieros, y fanáticos religiosos que presumen de filosofastros...; en resolución, una quincallería poética, como falsificación alemana o chinesca, que osa mezclarse y competir con los artículos de buena extracción y de calidad extrafina. Es imposible tolerar esto. Cuando topamos con un verdadero poeta, nos parece que

estamos bajo techo, en un lugar seguro, al abrigo de los ladrones y asesinos de las letras...”.

Para Juan de D. Uribe, la arquitectura del verso, la parte formal de la poesía, el metro y el número, el ritmo y la rima, el decoro de los vocablos, la armonía de la frase, la belleza de la dicción, constituyen cualidades inherentes a las excelencias del arte, que por ningún motivo podía el verdadero poeta relegar a secundario lugar: “Desde luego, —dice— quien haya de elevar cualquier asunto a la poesía, ha de hacer los versos muy buenos, porque de no, ya se colige que no habrá ni tal poesía, ni tales versos, ni tal asunto...”.

Pero al lado de estas opiniones, Uribe no vaciló en proclamar también, como imperativo estético ineludible, el de darle a la poesía profundo contenido social, diáfana verdad humana, desembozada trascendencia política y científica, sin sombra de limitaciones:

“Los poetas que se empeñan desde sus primeros ensayos en contarnos los mínimos accidentes de su vida privada, compuesta de enreditos con mujeres, las más de ellas fantásticas; los que se colocan la lira como un termómetro en el arco del brazo para que se sepa cuándo están fríos o calientes, como si le importara mucho al público; tan extremosos poetas serán un prodigio, mas prefiero a los que, sin menoscabo de lo que se deben las damas y lo que la propia persona se merece, cantan los dolores y miserias del pueblo, las vicisitudes de la libertad, los anhelos del progreso, a la ciencia, a la verdad, a la virtud, al valor, en una palabra, a cuanto afecta la vasta familia humana, o siquiera a lo que queda en la demarcación convencional de lo que se llama patria. Los poetas excéntricos han de rendirse a los bardos democráticos. Hay tanta poesía en el pueblo, en ese organismo inmenso, que tiene en los hombros los vaivenes del mar, en la frente las estrellas del cielo y en la boca el acento de los volcanes y de las tempestades, que nada que de él no parta, nada que de él se aleje, nada que contra él venga, describe en el tiempo y en el espacio, la gran parábola de la gloria...”.

Idéntica tesis desarrolló, como es muy sabido, acerca del mismo tema, el doctor Rojas Garrido, en el estudio que dedicó a las poesías de Diógenes Arrieta, otro poeta de tendencias filosóficas similares a las de Restrepo. Sin que sea impertinente recordar que participaban de tales ideas estéticas preclaros bardos socialistas europeos del siglo XIX, como Guerra Junqueiro, quien, en el Prólogo que puso a la segunda edición de su libro *A morte de D. João*, y contestando a sus impugnadores, deciales que la moderna poesía debía tener un carácter científico, ya que la poesía es la verdad transformada en sentimiento. Y añade el poeta portugués: “La ley descubierta por Newton lo mismo puede explicarse en un libro de física que cantarse en un libro de versos. El sabio la analiza, la demuestra; y el poeta, partiendo de esta demostración, saca del hecho todas las consecuencias morales, sociales y religiosas susceptibles de una forma sentimental...”, en lo que coincide, pues, con las ideas literarias del prologoista del libro que estamos analizando.

Inútil decir que Restrepo, a través de la mayor parte de sus producciones poéticas, sigue las tendencias de su maestro Rojas Garrido, y que,

por lo mismo, hizo del verso una herramienta de combate, de indudable eficacia en su tiempo. Y, por de contado, de propaganda política, de proselitismo doctrinario. Y a fe que descolló en este aspecto de su producción poética mucho más que en otro alguno de la misma.

Son memorables sus retratos, o medallones poéticos de personajes políticos de su predilección. El que dedicó al doctor Luis A. Robles, por ejemplo, anduvo de boca en boca de las gentes, entre los contemporáneos de Restrepo. Y no sin razón, porque es página de antología:

*Negro como la noche en que Romeo
Vio por última vez a su Julieta;
Alto, tan alto cual la excelsa meta
A donde alcanza el liberal deseo.*

*No de dos caras como el vil Proteo,
Que es a un tiempo traidor y fue poeta,
Sino como el patriota y el profeta
Que en el obscuro porvenir yo veo!...*

*¡Alzate, pues, del ánfora divina,
Donde el comicio popular te aclama,
Sol y luz de verdad entre neblina!*

*¡Tremola tú de Antioquia el oriflama!
¡Sé tú la vieja veneranda encina,
El alma Patria que a sus hijos llama!...*

Menos conocido que el anterior, pero igualmente característico de la modalidad estética predominante en la poesía de Restrepo, es el soneto compuesto en 1895, a la memoria de *Jorge Isaacs*, con ocasión de la muerte del autor de *María*. Recuerda, por el magistral empleo de los recursos retóricos, aquel otro soneto, tan conocido, *Ira Santa*, de Ismael Enrique Arciniegas, que un editor poco informado, el mejicano Angel Pola, incluyó como de Isaacs en una colección de versos del poeta caucano. Dice Restrepo:

*Cuando la patria entre la podre expira,
Ayudada a morir por papagayos;
Cuando un tropel rapante de lacayos
A envilecerla sin rubor conspira;*

*Cuando hay voracidad porque no hay ira,
Y los que fueron togas hoy son sayos...
¡Que nos oculte el sol sus vivos rayos
Y el bardo rompa la sonante lira!*

*¡Que caiga Isaacs como gigante roble
Sobre la turba atónita y menguada,
Por la codicia y el terror inmoble!*

*¡Ni Efraín, ni María idolatrada
Tu muerte llorarán, ¡oh amigo!, ¡oh noble!
Tras de tanto baldón, venga la nada!...*

Por lo que a otro género de composiciones poéticas concierne, hay varias en este volumen que conservan aún vigor y lozanía, en medio de algunas que yacen petrificadas bajo el polvo del olvido.

A pesar del cambio que las modas literarias han producido en las predilecciones estéticas del lector moderno, aún pueden leerse con deleite algunos poemas de Restrepo, v. gr. el brioso canto, *Rule, Britannia!*, que el poeta dedicó a D. Santiago Pérez, o los bruñidos cuartetos de *El Dios Pan*, dedicados a Juan de D. Uribe, y aún el *Himno antioqueño*, puesto por el poeta bajo el patrocinio de Manuel Uribe Angel.

De sus versiones poéticas, algunas, como *El Crucifijo*, de Lamartine, como *El canto del odio*, de Stecchetti, han conservado la popularidad que adquirieron en su día. Otras, entre ellas algunas de Hugo, parecen haber sido obras de encargo, de circunstancias, sin el eterno hálito de la verdadera inspiración. Esplende, como preciosa joya lírica, la traducción de *La Golondrina*, de Louise Michel. Y tiene resonancias de sincero clamor humano, y centelleos de concentrada cólera, la estupenda versión de *Los Mineros de Newcastle*, de Auguste Barbier, compuesta en Le Havre, en 1884.